

VIDA RELIGIOSA CENTINELA DE ESPERANZA

Tania Ávila Meneses¹
Mónica Benavides, HDV²

Anoche, Beatriz, Mónica y yo recogimos el símbolo del Congreso y lo expresamos con semillas, flores y hojas porque la tierra, la creación, fortalece nuestro ser centinelas de esperanza. Nos recuerda que es un proceso colectivo.

Ayer Bernardo nos decía que el centinela está ubicado entre el día y noche. Que está presente, atento. Al escuchar esta palabra vienen a mi memoria las imágenes de María, la mamá de Jesús, (donde anidó la vida del Jesús, el judío marginado de quien nos habló Michael). Atenta... de mirada aguda, la que pregunta al ángel, la que visita a su prima Isabel, la que pregunta ¿has visto a Jesús? Y, cuando era casi adolescente... desanda en su búsqueda hasta encontrarlo. La que está atenta al entorno de Jesús y se da cuenta que hace falta vino, la que escucha a sus vecinos y va a recoger a su hijo a quien tildaban de loco.

Ella, la mujer atenta en el umbral de la vida de su hijo... Dios con nosotras... quien al borde del camino lo seguía de cerca. La mamá que lo esperó al pie de la cruz para abrazarlo en su tránsito... en el umbral de la vida, el tránsito de la noche al día de la muerte, de quien vivió, a la resurrección.

María, quien en medio de la des-esperanza, unida a otras mujeres, caminó al despuntar el alba, para cuidar de la Esperanza que es su Hijo para la creación, y escuchó confirmar lo que desde siempre sabía: ¡Jesús es, Jesús está vivo!

¹ Licenciada en Teología por la Universidad Católica Boliviana "San Pablo". Coordinadora de Amerindia Bolivia, y es parte del Eje de Pueblos Indígenas y Núcleo de mujeres de la REPAM y de la Comisión de Ecología Integral de la CLAR. Fue Auditora en la Asamblea Especial del Sínodo de los Obispos para la región Panamazónica. Tiene estudios en Misionología y Formación en Semiótica de la comunicación intercultural.

² Religiosa de la Congregación de Hermanas de la Divina Voluntad. Pertenece a la Comunidad Indígena "Pastos y Quillacingas", ubicada en el departamento de Nariño-Colombia. Doctora en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá. Está vinculada a la Comisión de Vida Religiosa Indígena de la CLAR y al ETAP. También al Grupo de Investigación, Pensamiento Social de la Iglesia, de la Pontificia Universidad Javeriana. Ha compartido la mayor parte de su vida y misión con niños, adolescentes y jóvenes en espacios fronterizos. Le apasiona desdibujar fronteras, levantarse con el sol, inspirarse con el viento y contemplar las faenas de la vida cotidiana de los territorios.

Ella, María, quien en el umbral de la vida va leyendo los signos de esperanza y desesperanza, acompaña a la comunidad des-esperanzada de los amigos de Jesús, ¡hasta que llegó el Espíritu! Ese Espíritu que nos recuerda que Esperanza está en toda la creación no sólo en la humanidad. Está en la diversidad de pueblos... en todo tiempo...

María, la centinela de la Esperanza, inspira a situarse/nos en el umbral de la vida, un contexto des-esperanzador que nos desafía a soñar un futuro, un presente diferente, que muchas veces necesita de la sencilla complejidad del arte para manifestarse y esperar.

Ella, María, la mamá de Jesús... combina el amor de su Hijo, la ternura del Padre y la sabiduría del Espíritu para esperar/se/nos. Así como lo hace la mamá de Mónica, la mamá de Daniela, de Beatriz, la de Charito e Isabel, la de Michael y la de Tacho... la mamá de Clara y Carola, la mamá de cada una y cada uno de ustedes. Sus mamás, mujeres artistas, que se hacen cómplices con María, la mamá de Jesús, y les regalan el don de ser Vida Religiosa centinela de la Esperanza. ¿Cultivaron ese don?

Nos reencontramos con nuestro arte de ser centinelas amasando la arcilla, expresando en ella ¿cuáles son mis sueños con los que construyo el futuro posible, deseado de la Vida Religiosa? Los sueños personales se entretajan con los de otras personas co-creando ese futuro deseado... necesario como Vida Religiosa. Un símbolo colectivo y una frase son compartidas para dar voz a las esperanzas.

Centinelas de esperanza con la Madre Tierra

El grito de la tierra y de los pobres, junto con la ruptura de relaciones y los efectos del cambio climático, nos exige dar un giro a nuestra perspectiva heredada y caduca sobre el poder. Es el momento de buscar y andar nuevos caminos que nos lleven a un cambio profundo. Esto requiere acoger una dinámica de proximidad y cultivar entre nosotras/os los mismos sentimientos que tuvo Cristo, para que nadie se sienta fuera del abrazo sororal y fraternal.

En este tiempo, dos acontecimientos han marcado nuestro caminar. El primero es el Sínodo de la Sinodalidad, que nos invita a avanzar juntas/os como humanidad en una dinámica de cuidado mutuo. Este llamado nos desafía a una transformación de nuestras relaciones, procesos y vínculos, con el propósito de hacer amanecer la esperanza. En este camino, se nos anima a practicar una escucha activa, acogiendo y valorando nuestras diferencias, pues el Pueblo de Dios es un cuerpo urdido en la comunión

de diversidades. En ese entramado, los dones, ministerios y carismas encuentran su lugar en la misión común.

En el corazón de la Sinodalidad, el Espíritu nos llama a una conversión integral, que abarca nuestras perspectivas espirituales, proféticas, sociales y ecológicas para que de manera empática ejercitemos la solidaridad evangélica. Esta renovación toca e involucra los sentimientos, imágenes y pensamientos que nos habitan, articulados con el discernimiento de la Voluntad de Dios. Lugares desde donde podemos recrear nuestro ser, saber, acciones y relaciones.

Sin embargo, no podemos considerarnos un cuerpo completo si olvidamos a la Madre Tierra, el lugar sagrado de toda existencia. En este contexto, la COP16, también conocida como la COP de la biodiversidad, representa un evento crucial. Este encuentro nos catapultó a hacer las paces con la naturaleza, a reconciliarnos con ella y a asumir nuestra responsabilidad en su cuidado. A diferencia de otros espacios de negociación cerrados y exclusivos, la COP de la Gente abrió sus puertas a todos los actores de la sociedad, permitiendo que sus voces fueran escuchadas por los tomadores de decisiones.

Este evento incluyó y destacó a los movimientos ambientales, sociales y comunitarios, reconociendo especialmente el papel fundamental de las comunidades indígenas, campesinas y afrodescendientes en la protección de la biodiversidad. Hoy, las luchas que movilizan a nuestros pueblos giran en torno a la defensa de la vida en todas sus formas. Hemos llegado a un punto en el que no podemos concebir la vida de la humanidad sin reconocer nuestra conexión vital y profunda con la tierra³.

Por ello, quisiera volver a rememorar que, en el Antiguo Testamento, la tierra es obra y don de Dios. Es la Palabra quien puebla de vida y de relaciones una tierra en caos. Así lo afirma el relato de Génesis, "la tierra era desierta, vacía: oscuridad cubría el abismo, y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas" (Gn 1,2). Sin embargo, esta tierra pasa en modo procesual del caos inicial al cosmos con la presencia discreta de Dios, quien la vuelve habitable con su Palabra y su Acto creador (Gn 1-2). La humanidad Adam está hecha de tierra – adamah. Para quienes pertenecemos a pueblos indígenas o pueblos originarios somos hijas/os de la Madre Tierra. Ella es madre y maestra en el arte de unidad en la biodiversidad, como lo podemos contemplar en sus biomas y ecosistemas⁴.

³ Ver Cop16 Colombia, <https://www.cop16colombia.com/es/>

⁴ Ver a Benavides Mónica, *Lectura teológica del habitar el territorio*.

La imagen que presenta el relato de Génesis deja ver la unidad armónica de una creación fecunda que produce y genera frutos y que se multiplican. En ella encaja todas las cosas creadas con el valor y la mirada justa. Así como se entrelazan las interrelaciones que trenzan lo micro y lo macro en un solo tejido. El cielo, el agua y la tierra, aun conservando su propio espacio, tienen una relación simbiótica que las convierte en matriz para los seres vivientes, fauna, flora y especie humana. Lo que la Palabra crea en cada uno de los seis días es bueno y el día séptimo es también santo porque es el tiempo de descanso, de la contemplación, del saber estar gratuitamente.

En una visión conjunta del relato todo tiempo y espacio de la creación son sagrados, porque son lugar de encuentro entre el creador y sus creaturas (Gn 1,1-2,4). El día séptimo a diferencia de los otros, no se abre, ni se cierra para indicar que la vida sigue floreciendo. En este día el creador se da un límite para no llenar la creación hasta el borde, sino que la deja abierta para darle espacio a sus creaturas. Por tanto, nosotras/os que somos corresponsables del cuidado de la vida, somos protagonistas de esta misión que es ser guardianes de toda la existencia que late al unisonó acompañando nuestro peregrinar⁵.

La tierra es una preocupación teológica en toda la Biblia. Es una problemática real encarnada en Israel, un pueblo que camina en la historia con el sueño-esperanza de habitar un lugar, un territorio con condiciones dignas para todas/os. Durante el camino y en sus pausas, el pueblo desarrolla una rica reflexión teológica frente a la tierra y llega a la comprensión de que para habitarla es indispensable la relación entre Dios-pueblo-tierra. Comprender la "ancestralidad" de Israel, es recabar en sus raíces la acción creadora de Dios y su triple relación y así corazonar el camino inspirado por la Palabra. En el Nuevo Testamento, la Palabra se hizo carne y puso su tienda entre nosotros (Jn 1,14). Jesús vino para que tengamos vida en abundancia. La tierra es también la Nueva Jerusalén. El santuario de Dios, donde habita con su pueblo y sus creaturas (Ap 21,2-3)⁶.

Volviendo a nosotras/os, el futuro tendrá que ser local y comunal, lo que nos exhorta a desistir en la fascinación de lo sobredimensionado; a desintoxicarnos de la adicción de convertir lo pequeño en grande, y a soñar, al contrario, desde otras dimensiones más limitadas en sus medidas. No es tiempo de lo descomunal, del gran formato: es el tiempo de la belleza de lo pequeño y lo bien proporcionado. Las multitudes son multiplicidades de comunidades autónomas de pequeña dimensión, gestionándose en

⁵ Ibíd.

⁶ Ibíd.

territorialidades que siguen los pliegues de la tierra para co-construir el Reino desde abajo, desde la riqueza de las diversidades⁷.

Para armonizarnos entre nosotras/os nos bendecimos diciendo:

Que el sol nos traiga nueva energía cada día
Que la luna, dulcemente nos restaure por la noche
Que la lluvia nos limpie de las preocupaciones
Que la brisa sople nueva fuerza dentro de nuestro ser
Que podamos caminar suavemente por el mundo
Y contemplar su belleza todos los días de nuestra vida⁸.

⁷ Ver a Giraldo, *Multitudes Agroecológicas*.

⁸ Bendición Apache.